

Introducción

Como los afluentes que recorren cientos de kilómetros en la Amazonia, cada vez más cercanos hasta confundirse en un único río, los modelos socioeconómicos occidentales y el chino, que vienen aproximándose desde la década de 1990, van a protagonizar una fusión gradual ante nuestros ojos, ineluctablemente, de aquí a finales del siglo XXI.

Las consecuencias de este proceso puesto en marcha por efecto de la globalización trastornarán el equilibrio mundial. Así, se va armando una especie de trampa. Trampa que amenaza convertirse en desastre para Occidente por la inconsciencia de los occidentales y el oportunismo chino.

Describir la elaboración de esa trampa todavía invisible es el objeto de este libro.

Supongamos que el proceso de globalización continúa, como es muy probable, y que los industriales del mundo occidental no cambian de estrategia, lo que no harán salvo si advirtiesen sus inconvenientes a largo plazo, que serían considerados más importantes que las ventajas reales a corto término. De cumplirse esa doble condición, China emergerá como la vencedora incontestable, inesperada y afortunada de la globalización.

Incontestable, porque en 2030 China tendrá instalada en su territorio cerca de la mitad de la industria mundial, y hacia finales del siglo la amplitud de las actividades de servicios que habrá desarrollado alcanzará un nivel congruente con el del sector industrial.

Inesperada, porque nadie podía suponer a finales del siglo XX que China se alzase con la victoria en la carrera de la globalización.

Afortunada, porque en realidad sólo a medias le corresponderá a China el mérito de su triunfo. A base de pragmatismo ha sabido cabalgar sobre la cresta de la ola de los procesos en curso y se ha apropiado los conocimientos del capitalismo.

Por lo tanto, la otra dimensión de su éxito se debería únicamente a un fenómeno cuyo origen y despliegue le han sido casi del todo ajenos, y que puede describirse mediante una fórmula muy sencilla: la globalización, al exacerbar la competencia que presiona los precios a la baja, conduce en un primer paso a la externalización de las funciones no estratégicas de las empresas y, ulteriormente, al intensificarse todavía más dicho efecto, la misma externalización se convierte en deslocalización. Gracias a este proceso, Occidente, motivado por la lógica del beneficio a corto plazo y en detrimento de la perdurabilidad, desmantela su industria una de las fuentes esenciales de creación de riqueza en beneficio, primordialmente, de China.

Analizar el regreso de China al primer plano (y en la versión destinada al lector chino, la evolución del mundo occidental), y deducir las consecuencias para nosotros y para nuestros descendientes de este inmenso movimiento planetario que podría completarse hacia finales del presente siglo, es el objetivo de esta obra que debe considerarse como prolongación de las tres anteriores debidas a los mismos autores:

La leçon japonaise, con Gilberte Beaux y Christian Saint-Étienne, y prólogo de Raymond Barre (Plon, París, 1989); *Le Choc Europe-Japon: comment l'éviter?* (Simul Press, en japonés, 1990); y *La Revanche du monde chinois?*, que data de 1996 y de la que se ha publicado una segunda edición revisada, corregida, y con prólogo de Alain Peyrefitte (Economica, 1999).

El curso del profesor Jacques Zhang en 2049

París IV Sorbonne
Curso de primero de economía internacional
Profesor: Monsieur Jacques Zhang
Primer día lectivo: 11 de septiembre de 2049

El retorno de China al primer plano mundial La globalización, una trampa para Occidente

El principio de realidad es irrefrenable. Desde comienzos del siglo XXI y pese a numerosas convulsiones visibles e invisibles, se ha impuesto la globalización. Sin embargo, ha sorprendido a la opinión pública mundial que China fuese la gran vencedora. En todo caso, los procesos que han llevado a esta situación son múltiples, y algunos actúan desde hace veinticinco siglos.

Vamos a decodificar estos procesos tan diferentes en cuanto a su importancia.

Tal será el objeto del presente curso de primero de economía internacional.

Los procesos que analizaremos comenzaron en épocas a veces muy separadas cronológicamente. Algunos de ellos tuvieron una duración muy breve; otros, por el contrario, han perdurado. Los que no llegaron a su estadio final sirvieron de transición hacia otras fases.

Consideramos pertinente dividir la evolución de estos procesos en nueve fases, cada una de las cuales obedece a su lógica propia.

- 1) La OPA casi triunfante de Japón sobre el liderazgo mundial (1868-1990).
- 2) Despegue del proceso de desquite del mundo chino (1949-1997).
- 3) La periferia (Japón) cede al centro (China) el testigo del liderazgo asiático: 1997-2001.
- 4) El régimen comunista chino supera la prueba del mercado (1979-1992).
- 5) Apropiación del capitalismo por China (551 a.C.-2001).
- 6) Reinención del capitalismo por China (1992-2049).
- 7) En el seno de las grandes compañías multinacionales emerge el concepto de externalización de las actividades que no constituyen el núcleo esencial de la empresa (1975-1990).
- 8) Deslocalización general de los centros de producción occidentales a consecuencia de la globalización (1990-2030).
- 9) Se arma la «trampa china»: finalmente, más de la mitad de la industria mundial queda localizada en China (2030-2049).

1) La OPA casi triunfante de Japón sobre el liderazgo mundial (1868-1990)

En 1990, Japón se encuentra en la cima de su poderío. Algunos observadores privilegiados, como Ezra Vogel, escriben obras que sientan autoridad y que presentan a Japón como la primera potencia mundial programada. Argumentan esta visión prospectiva aduciendo dos situaciones a decir verdad extraordinarias: la primera, que durante varias jornadas de 1989 la capitalización nominal total de la Bolsa de Tokio superó a la de Wall Street; la segunda, que los precios de la propiedad inmobiliaria alcanzaron niveles inverosímiles. Ese mismo año, por ejemplo, el valor de mercado de la superficie del parque de Tokio que rodea el palacio imperial excedió el de las fincas de toda California. Y también el mismo año, cuando el dólar se cotizaba a 79 yenes, el PNB japonés expresado en dólares era equivalente al de Estados Unidos.

Pero los japoneses jugaban con fuego. La especulación desenfrenada (1985-1990) creó burbujas inmobiliarias y mobiliarias, y el estallido de éstas se produjo en 1991.

El país ha tardado más de veinte años en absorber los efectos negativos de dicho estallido.

2) *Despegue del proceso de desquite del mundo chino (1949-1997)*

A pesar de lo dicho, Japón dejó una enseñanza para Occidente,* que fue entendida y recuperada más tarde por los chinos: el país que quiera desarrollarse muy rápidamente puede conseguirlo mediante una política económica audaz, consistente en desarrollar una industria manufacturera de calidad apoyada en una cultura específica basada en el espíritu de trabajo, la abnegación, la motivación y la educación intensiva, así como en favorecer la emergencia de un mercado interior protegido de grandes dimensiones, cuyos beneficios permitirán exportar a precios casi de *dumping*.

El desarrollo conocido como «vuelo de los gansos silvestres» que caracterizó la extraordinaria fase de auge económico del Asia neoconfuciana desde 1950 (comienzo de la guerra de Corea) hasta 1992, fue encabezado por Japón y emulado, primero, por los «cuatro dragones» (Taiwan, Hong Kong, Corea del Sur y Singapur), luego por los «tigres» (Tailandia, Indonesia, Malasia y Filipinas), y finalmente por China cuyo despegue tardío arranca en 1979.

Este fenómeno caracteriza el comienzo del proceso estratégico fundamental analizado en nuestra obra *La Revanche du Monde chinois?* (la desaparición del interrogante se impuso desde 1997, año de la crisis económica asiática, de la que China salió fortalecida). Este proceso plasmó el regreso al primer plano de esa potencia que hace más de veinte siglos dominaba no ya Asia sino el

* Véase *La Leçon japonaise*, por Daniel Haber, Jean Mandelbaum, Gilberte Beaux y Christian Saint-Étienne, Plon 1989.

mundo entero, y cuyo ingreso en la Organización Mundial del Comercio (OMC) significa en cierto modo la consagración de dicha evolución.

En este curso destacaremos la función de la cultura ancestral china en relación con el proceso de renovación.

3) La periferia (Japón) cede al centro (China) el testigo del liderazgo asiático: 1997-2001

Entre 1997 y 2001 asistimos a un intercambio de papeles en el liderazgo del mundo asiático. China lo reclama, y Japón lo concede.

En adelante, el «mundo chino», el perenne Imperio de la Tierra Media, prevalecerá sobre la periferia (Japón, Corea del Sur, sureste asiático).

4) El régimen comunista chino supera la prueba del mercado (1979-1992)

La cesión del testigo por parte de Japón a China sólo fue posible después de un crucial período de prueba. Desde 1979 hasta 1992 el régimen comunista hizo sus primeros escarceos en la economía de mercado. En realidad no tenía muchos caminos entre los que elegir.

A la vista de los resultados, que fueron determinantes, China pudo abordar una nueva fase consistente en explotar sus propios recursos culturales y demográficos para acelerar su desarrollo.

5) Apropiación del capitalismo por China (551 a.C.-2001)

A partir del 551 a.C. (nacimiento de Confucio) y hasta el 2001 (ingreso en la OMC), China ha venido preparando el terreno, sin saberlo, para la implantación del capitalismo.

Es un aspecto esencial que constituirá la parte fundamental estudiada en este curso.

6) *Reinvención del capitalismo por China (1992-2049)*

Desde 1992 y hasta 2049, los chinos además de hacer suyo el capitalismo lo reinventan.

Lo deconstruyen y reconstruyen del mismo modo que en la Europa actual triunfa la retro-innovación o proceso consistente en mejorar los saberes ancestrales con ayuda de la tecnología moderna.

7) *En el seno de las grandes compañías multinacionales emerge el concepto de externalización de las actividades que no constituyen el núcleo esencial de la empresa (1975-1990)*

Mientras tanto se inicia un proceso irreversible, el de la globalización. Este fenómeno permite crear gigantescos mercados de consumo para productos que se caracterizan por su vocación mundial. La competencia feroz obliga a las compañías a mejorar todavía más lo que venían haciendo mejor, lo que consideraban el «núcleo esencial» de su actividad.

Por tanto, se ven obligadas a externalizar el resto: el mantenimiento, los pagos, los servicios informáticos, las comunicaciones, la auditoría, la selección de personal, etc.

8) *Deslocalización general de las fábricas occidentales a consecuencia de la globalización (1990-2030)*

A partir de 1995, la globalización es un fenómeno casi generalizado. La presión sobre las empresas es imparable. La elección es sencilla: externalizar o desaparecer.

Por tanto, se generaliza la externalización. Cada vez más empresas deslocalizan un porcentaje creciente de su producción trasladándola fuera de su país de origen.

El resultado de todos estos movimientos ha sido espectacular. Atraídos por las ventajas industriales de China —buena calidad de fabricación a precios competitivos, ¿real o aparente?—, sectores enteros de la industria mundial son absorbidos por ese país y...

9) *Se arma la «trampa china»: finalmente, más de la mitad de la industria mundial queda localizada en China (2030-2049).*

La «trampa» china se cierra. Por supuesto es una trampa colocada de manera inconsciente, pero que se va concretando a medida que crece el proceso de deslocalización a China.

Hacia 2030 tenemos instalada en China más de la mitad de la industria mundial. Los chinos controlan el sector industrial de la globalización.

El concepto según el cual basta controlar la creatividad y el marketing para ser dueños del binomio producto/mercado (concepto propugnado por las multinacionales que lanzan al mercado productos de consumo universal) ha quedado superado.

Desde la óptica del proceso clásico de «integración vertical» —inaugurado por Japón antes que Hong Kong, Taiwan y Corea del Sur—, las mismas causas originan los mismos efectos. Las empresas occidentales se han desprendido de su *savoir-faire*, obedeciendo a una combinación inextricable de espíritu de lucro a corto plazo y miopía estratégica.

Los chinos ya fijan los precios de casi todos los bienes industriales. Y a su vez, disponen de los medios para concebir productos nuevos y marcas mundiales, cuyo marketing nacional e internacional controlarán.

Tras adquirir poderío y credibilidad industriales, recurren a la creatividad. Bien la interior, implantando sistemas adecuados de formación. Bien la exterior, enviando a sus estudiantes más brillantes a las universidades más prestigiosas del mundo, o bien fichando en el extranjero a las personas creativas más eficaces.

Analizaremos cómo Occidente reaccionó ante esa trampa con una demora inmensa. ¿Podrá todavía recuperar el terreno perdido en la lucha por el liderazgo mundial?

I

La trampa

Avenirse a ver y oír

Un día, algún sociólogo va a tener que analizar las razones por las cuales en Occidente —incluyendo a las elites de las democracias occidentales— hay tanta dificultad para «ver» y «oír» la realidad emergente. Al fin y al cabo, es posible que los occidentales *no quieran* ver ni oír, y que cierren los ojos y hagan oídos sordos adrede.

Recordemos algunos ejemplos recientes y espectaculares.

Entre 1933 y 1939 y hasta el último momento, Francia y Gran Bretaña no quisieron ver en Hitler al enemigo implacable y el peligro absoluto que éste representaba incluso ya antes de la invasión de Polonia. Y, sin embargo, ¿era posible dudarlo después de la lectura de *Mein Kampf*, con su contenido particularmente claro y explícito, y después de escuchar sus recurrentes discursos incendiarios?

Entre 1960 y 1980 los japoneses engañaron a Occidente haciéndole creer que su país se hallaba todavía en fase emergente. Japón se ahorró así sumas colosales que de otro modo hubiera debido pagar a Occidente por las numerosas transferencias de tecnología de las que era beneficiario. Al mismo tiempo impuso un doble rasero de normas comerciales, por cuanto se reservaba el acceso ilimitado a los mercados occidentales mientras hacía gala de un proteccionismo sin fisuras frente a los productos extranje-

ros. Sin embargo, bastaba leer las estadísticas o visitar las fábricas niponas para comprender la realidad.

El 11 de septiembre de 2001, los atentados terroristas contra las torres del World Trade Center y contra el Pentágono dejaron estupefacta a la primera potencia militar mundial, según se pudo observar tanto en la reacción popular como en la de las elites. Y también sorprendieron a la mayoría de observadores privilegiados, como los investigadores académicos y los analistas de los medios de comunicación.

Sin embargo, habría bastado ver y oír las declaraciones de los extremistas islámicos, o más fácil todavía, las de algunos líderes musulmanes que albergaban temores y trataban de hacerse escuchar. Ver y oír habría sido suficiente para medir la violencia potencial de la agitación extremista. A los atentados perfectamente planeados y realizados les preceden las palabras. Palabras que matan, que anuncian y dan pábulo a un furor ilimitado contra Occidente.

Entre los líderes citemos a la única mujer que ha sido primera ministra de un país musulmán, la pakistaní Benazir Bhutto. En una larga entrevista concedida a los autores de este libro confiesa:

«Uno de mis fracasos más trágicos fue que no conseguí cerrar los centenares de madrasas (escuelas coránicas), que según nuestros cálculos han debido formar durante los últimos veinte años entre 200.000 y 300.000 estudiantes extremistas, y no sólo pakistaníes, sino llegados del mundo entero, comprendidos los extrarradios de las grandes capitales de Occidente. Adoctrinados y fanatizados con intención de convertirlos en mártires al servicio de la causa de un islamismo militante, virulento y aberrante, puesto que el Corán no propugna la violencia. Hijos de esas madrasas han sido los talibanes, cuyo régimen ha sometido a un país entero, Afganistán. Un régimen que ignora y envilece a las mujeres, que persigue a los no creyentes y que ha destruido las estatuas ciclópeas de los budas de Bamiyan, pertenecientes al patrimonio histórico de la humanidad, además de impedir toda evolución de ese país tan poco favorecido por la naturaleza. Los

talibanes ha establecido numerosos campos de instrucción para extremistas, con el objetivo de exportar la «guerra santa», la Yihad, a todo el mundo».

Muchos comentaristas, por otra parte, se han acordado de Samuel Huntington, profesor de la Universidad de Harvard que desarrolló en forma de libro especialmente rico en ideas un célebre artículo sobre el choque de las civilizaciones. Cierto que el autor previó el choque entre el islamismo combatiente y el mundo occidental. Pero sólo acordarse de esa predicción es un reduccionismo tremendo: ¡En su libro Huntington prevé, además, una auténtica alianza islamista-confucianista contra Occidente!

Ahora bien, esta opinión no ha sido confirmada por ningún indicio aparente, máxime si tenemos en cuenta que, de momento, la misma China se enfrenta a los extremistas musulmanes en territorio propio, como es la provincia de XinJiang, irredentista y vecina de tres ex repúblicas soviéticas con poblaciones mayoritariamente musulmanas: Kirguizistán, Tadyikistán y Kazajistán. Las autoridades de estas últimas luchan a su vez contra el extremismo musulmán, lo que propició la conferencia de Shanghai, que reunió a estos países y Rusia para discutir una línea de acción eficaz. Para acabar con la violencia, China ha iniciado discretamente una política similar a la que desarrolló en Tibet, y que consiste en ir reforzando la presencia de la etnia *han* hasta que ésta pase a ser mayoritaria en dicha provincia. El futuro dirá si ese fomento de la superioridad demográfica consigue acabar con un conflicto cada vez más enconado.

A pesar de ese choque con el extremismo islámico, las declaraciones oficiales chinas con motivo de los atentados del 11 de Septiembre fueron especialmente contenidas y, en todos los casos, dejando a salvo la expresión del pésame formal, de un tono bastante ambiguo. Son mucho más reveladores, en cambio, los comentarios officiosos (de anónimos internautas) excepcionalmente tolerados en Internet por la censura china. Estos internautas chinos dan a entender, en sustancia, que Estados Unidos «mereció» de alguna manera ser víctima de esos atentados por su actitud

arrogante, manifestada en especial con sus bombardeos sobre Irak o la destrucción de la embajada china en Belgrado (que China nunca ha aceptado como un error). De modo que, frente al impacto inmediato de los atentados, y a diferencia de Rusia, los chinos no se solidarizaron en realidad con el clan occidental, el de las democracias abiertas.

Aunque a corto plazo no sea previsible ninguna alianza militar entre el islam y China, de hecho el mundo occidental se enfrenta a dos clases de oposición que tienen por objetivo común, explícito o implícito, su debilitamiento creciente. Doble oposición que nadie quiere ver, ni oír, ni por tanto comprender: el desafío, que con sólo las armas de la economía y de la cultura, realiza el mundo chino; y el que con la violencia y el fanatismo religioso realiza el extremismo musulmán (extremismo sólo practicado por una minoría activa en el seno del islam).

De momento, Occidente no quiere ver ni oír la globalidad de esa doble contestación.

En esta obra intentaremos dilucidar la naturaleza del desafío chino. Vaya por delante una distinción indispensable: si las amenazas hitlerianas y las del extremismo islámico eran fáciles de prever, en cambio el desafío chino es difícil de decodificar a priori.

Lo mismo que el choque japonés en su día, se caracteriza por una peculiar invisibilidad, consecuencia de una combinación infinitamente compleja de innumerables factores. Tenemos, por una parte, que miles de empresas decidieron, cada una por su cuenta, la deslocalización de una parte de su producción o de la totalidad, trasladándola a China. Y por otra parte, la trayectoria estratégica de los chinos, a su vez dependiente de la combinación de numerosos factores culturales y de múltiples decisiones políticas. El efecto entrecruzado de estos flujos de decisiones durante un período prolongado produce el choque, una vez rebasado cierto umbral crítico.

Que China le dispute la superioridad a Occidente, se inscribe en un proceso de larga duración, así como en una asombrosa

capacidad para desarrollar una estrategia «a lo chino», que consiste en descubrir más pronto que otros las líneas de fuerza actuantes y sumergirse de lleno en las oportunidades para sacar de ellas el máximo de ventajas.

Queda armada así una especie de trampa sistémica para Occidente, que se expone a perder la superioridad tecnológica, científica, económica y estratégica. Superioridad que, al fin y al cabo, era un fenómeno reciente, de unos tres siglos nada más, y debida únicamente a la coincidencia de la revolución industrial con una época de somnolencia de la civilización china.

En las condiciones actuales, los orientales hacen demostración de la misma sabiduría que les permitió desarrollar las artes marciales: aprovechar la fuerza del adversario para usarla en provecho propio, ceder según la dirección del movimiento y adaptarse a él en vez de intentar la oposición frontal.

Cualquier trampa conlleva, normalmente, un trampero y una pieza destinada a caer en el cebo. Pero en el proceso que vamos a analizar, si admitimos que la pieza que cae en el cebo es Occidente el trampero no es otro sino el proceso mismo, que se está desarrollando en la actualidad y cuyas oportunidades los chinos han sabido captar antes que los occidentales. De esta manera la trayectoria estratégica china se modifica una vez más para quitarle a Occidente el primer puesto.

El proyecto chino es endógeno. Lo analizaremos a fondo en lo que sigue, y consiste una vez más en «caminar con las dos patas» (entiéndase la china y la occidental, según la fórmula consagrada por Mao Ze Dong).

En apariencia sería una recuperación del primer modelo sociocultural propuesto por el Gran Timonel a los chinos cuando asumió el poder. Una de las «patas» era como un árbol que hunde sus raíces en la historia de China y en su civilización constituida por integración de varias culturas: budismo, confucianismo y taoísmo, encarnadas en un pensamiento que corresponde a una visión del mundo muy singular.

Pero ahora hallamos una innovación auténtica: la consolidación de esa «pata» mediante la integración de valores occidentales

(transportados, en esencia, por la diáspora china a medida que ésta emprende el retorno y fecunda la madre patria), entre los cuales interviene la noción de progreso.

Poco a poco, esa nueva identidad en curso de formación va haciendo posible que el pensamiento chino tradicional largo tiempo anestesiado aporte, al quedar liberada su fecundidad, una nueva y vigorosa dimensión creativa. Y esa creatividad se pone rápidamente al servicio de la producción competitiva de bienes y servicios.

La segunda «pata», la occidental, permite lo que podríamos llamar una instrumentalización del capitalismo, recuperado como valor eficaz para reemplazar el comunismo inicialmente elegido por Mao. Ahora el capitalismo les parece indispensable a los dirigentes de la China actual. Y la manera china de gestionarlo le confiere una eficacia añadida.

Así pues, el proyecto chino se inscribe en la fórmula «China, fábrica del mundo». Es este posicionamiento el que atrae a los occidentales como la luz a las mariposas nocturnas. Pues si contemplamos a China como un gigante dormido que al fin despierta, lo primero que ha despertado es su dimensión de productividad extraordinaria (la segunda «pata»). Intérprete pésimo de la realidad, Occidente no ha comprendido que la nueva identidad de China va a permitirle superar la dimensión meramente productiva y volver a ser lo que fue hace dos mil años, un país creativo, lo que quiere decir creador de riqueza.

Cuando encarga a China la fabricación de todo lo que permitirá a ésta hacer cada vez más competitiva su industria, Occidente cree estar negociando con una especie de subcontratista. De alto nivel, por supuesto, pero subcontratista nada más. Lo que hay en realidad, y ése es un elemento esencial de la trampa, es un competidor dotado de gran talento, y que recibe complacido en bandeja todos los conocimientos tecnológicos que aún le faltaban (cuyo precio habría sido inasequible si el país hubiese recibido consideración y tratamiento de verdadero competidor). En otro tiempo Occidente subestimó a Japón. Ahora subestima a China, y quizá tendrá que pagarlo muy caro.